

al cabo de los cuales, á despecho del joven y valiente Xicotécatl, se ajustó la paz por ambas partes.

Según los cómputos más exactos, la entrada de Cortés en Tlaxcallan se verificó el domingo 18 de Septiembre, en medio de grandes regocijos, y saliendo á recibirle los cuatro señores, vestidos con las insignias de su alto grado.

Admirado quedó Cortés con lo bien arreglado y populoso de la ciudad, su buen abastecimiento de víveres y el aspecto de los campos cultivados; permaneció en ella varios días, que ocupó principalmente en arreglar una alianza con los Tlaxcalteca, y aprestar un buen contingente militar para su expedición. Muchos fueron los regalos que se le hicieron, y entre ellos 300 hermosas doncellas para sus soldados, y el viejo Xicotécatl dió á Cortés una hija suya.

No se olvidó de la cuestión religiosa, que prudentemente expuso por medio de Marina, y aun mandó colocar una gran cruz con toda solemnidad y utilizar un teocalli nuevo para el culto de la Virgen. En él bautizó el P. Díaz á cinco de las principales jóvenes indias.

En aquellos días, el capitán Diego de Ordaz, con algunos españoles é indios, hizo una ascensión al cráter del Popocatepetl, quedando éstos á medio camino; hecho que aumentó el renombre de los blancos, haciendo que el señorío de Huexotzinco se le uniese, y que Ixtlixochitl, pretendiente al trono de Tezcoco, se volviese á ofrecer como aliado.

Después de una permanencia de más de veinte días en Tlaxcallan, hacia el 12 de Octubre salió Cortés con rumbo á Cholollán con su ejército reforzado en más de 6.000 soldados Tlaxcaltecas.

Con grandes muestras de cordialidad y aun de alegría fué D. Hernando recibido, y solamente le suplicaron no permitiese entraran á la ciudad los Tlaxcalteca, por ser enemigos, y así fué que se les dió cuartos fuera de ella.

Nueva embajada de Motecuhzoma llegó á Cholollán con presentes, y procurando, como siempre, alejar al conquis-

tador. Parece que entonces se arregló definitivamente una emboscada contra los españoles, que ya de antemano estaba concertándose, trama que poco á poco fueron descubriendo éstos por torpeza de los Cholulteca, y también por la de uno de los sacerdotes. So pretexto de pedir unos tamemes, y previa consulta con sus capitanes, mandó Cortés reunir á todos los nobles y sacerdotes en el atrio de un teocalli, y estando éste lleno, y dada la señal convenida de un tiro de arcabuz, se precipitaron sobre aquella masa inerme y la acuchillaron sin piedad.

Á la vez que esto pasaba, entraron los Tlaxcalteca en la



Marcha de Cortés. (Durán.)

ciudad, y asesinaban, robaban é incendiaban por doquier, sin encontrar resistencia alguna. Dos días duró esta horrosa escena de barbarie, al cabo de los cuales yacían abandonados 6.000 cadáveres, y la ciudad santa, antes tan bella, era un negro montón de ruinas.

Difícil es saber á punto fijo si aquello fué el fruto de la malignidad tlaxcalteca ó el castigo de una traición, llevado á una altura injustificable; los cronistas primitivos se contradicen ó callan, y sólo sí podrá decirse, con uno de nuestros historiadores más reputados, que «la matanza de Cholollán fué más inhumanidad que valentía», quedando ese indeleble borrón á la memoria de Cortés, aunque las balas

dum-dum de los ingleses, empleadas contra los boers, pueden, en pleno fin de siglo XIX, justificarlo todo.

Pidieron misericordia los sacerdotes, y la matanza cesó, descargando su enojo Cortés sobre los embajadores de Motecuhzoma, á quienes echó en cara la traición de su amo, mandando á uno de ellos que se lo [hiciese saber y le anun-



Cortés y el ejército español contemplando el Valle y ciudad de México. (Armin.)

ciara su próxima llegada á Tenochtitlán. Al cabo de seis días volvió nueva embajada con regalos ricos y disculpas, y nueva insistencia para frustrar el viaje; sin hacer caso alguno de ello, y con un nuevo refuerzo de 1.000 Tlaxcalteca, salió Cortés de Cholollán el 1.º de Noviembre para México.

Pernoctó en Calpan, y siguió el camino entre el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, haciendo alto en una elevada meseta desde donde él y todo su ejército contemplaron el admirable panorama que presentaba la reina de los lagos, la incomparable Tenochtitlán.

Presentóse allí nueva embajada, prometiendo que con tal de que no fuese el jefe español á México, darían lo que quisiesen y mandarían cada año cuanto se les pidiese hasta el mar ó lugar que se le señalase; contestó el aludido que por mandato de su rey debería ir hasta presencia de Motecuhzoma, y que si, después de verle, no le quería tener en su compañía, se volvería.

El 3 de Noviembre llegó el ejército á Amaquemecan, re-

cibiéndosele con agrado y obsequios; el señor del lugar, unido á los de Tlalmanalco y Chalco, se quejaron de la tiranía de Motecuhzoma, y se ofrecieron como aliados.

El 5 de Noviembre salieron de Amaquemecan, pasaron por Tlalmanalco y rindieron la jornada en Ayotzinco, junto á Chalco: al ponerse en camino el día siguiente llegó Cacamá todavía insistiéndole, de parte del Rey de México, en que no le visitase; Cortés insistió, y salió casi tras los embajadores. Tomó por el dique, llegó á Cuitláhuac, continuó por entre los lagos de Chalco y Xochimilco, hasta Ixtapalapa, en donde los aposentó y les agasajó Cuitláhuac.

El lunes 7 de Noviembre atravesó el ejército la calzada de Ixtapalapa, llevando todo bien dispuesto y apto para el combate; componíase aquél de 400 españoles y 7.000 aliados. Marcharon por el dique Sur, que venía á desembocar al templo de la diosa Toci, en donde ya le esperaba Motecuhzoma, que había venido en lujosas andas y en hombros de cuatro grandes señores.

Al punto que vió á Cortés, descendió de ellas, y bajo lujoso palio se adelantó á recibirle, visto lo cual por aquél, echó pie á tierra y se dirigió á encontrar al Emperador, y quiso abrazarle, cosa que los nobles no le permitieron.

Cambiados los primeros saludos, el Emperador mismo les condujo al alojamiento, que fué el palacio de Axayacatl, donde los dejó instalados, retirándose luego.



Encuentro de Cortés y Motecuhzoma. (Códice de Sahagún, en la Laurentiana.)

Por la tarde volvió á verles, trayendo consigo ricos obsequios; y sentando cerca de sí á Cortés, le dijo reconocerle como enviado de Quetzacoatl, y que él, cediendo á la voluntad de los dioses, se le sometía, y al Rey de España, su señor.

¡Á tal grado de envilecimiento llegó un monarca tan temido y respetado, de antecedentes guerreros tan gloriosos y en la plenitud de la vida y el poder! ¡Tales son los frutos del fanatismo, de la molicie y de la tiranía!

CAPÍTULO V

Cómo era Motecuhzoma.—Aspecto de Tenochtitlán.—Su población.—Tianquiztli de Ttalelolo.—Tesoro de Axayácatl.—Prisión de Motecuhzoma.—Suplicio de Cuauhpopoca.—Rapacidad de Cortés.—Expediciones á Pánuco y Coatzacoaleco.—Profanación del gran Teocalli.—Altar á la Virgen María.—Noticia de la llegada de Narváez á Veracruz.

Era Motecuhzoma, según Bernal Díaz, de edad hasta de cuarenta años, de buena estatura y bien proporcionado, cenceño y de pocas carnes, de color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y tenía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, pocas barbas, prietas, bien fuertes y ralas, el rostro algo largo y alegre, los ojos de buena manera, y mostraba en el mirar por un cabo amor, y cuando era menester, gravedad. Era muy limpio y diariamente se bañaba.

De su fausto, esplendidez y demás cualidades nos hemos ocupado en la segunda parte de este libro.

Al día siguiente de su llegada á México, pasó Cortés á corresponder la visita á Motecuhzoma, acompañado de sus capitanes, y entre las varias cosas de que habló con el Emperador fué de lo tocante á religión, aunque sin resultado: tanto él como los suyos al despedirse recibieron buenos presentes de oro, joyas y ropa fina.

Convenía á D. Hernando conocer la localidad, y por eso fué que, recabado permiso del Emperador, se dió á recorrerla, yendo á caballo y acompañado de sus capitanes y más esforzados peones.

La Tenochtitlán de aquel tiempo era una Venecia india y tenía su principal asiento en una pequeña isla rodeada toda por el lago; sólo tenía comunicación con la tierra firme por medio de algunos diques ó calzadas, interrumpidas de trecho en trecho para permitir el curso de las aguas, y comunicadas en estos puntos por puentes movibles. La ciudad, que se extendía en la forma de un tablero de ajedrez, tenía muchas calles, pocas largas y anchas, cortas y estrechas en su mayoría. Grandes canales ó acequias la cortaban en todas direcciones, y por ellos cruzaban diariamente numerosas canoas (30.000 al diario) conduciendo víveres y pasajeros.



Motecuhzoma.
(Sandoval.)

Resaltaban de entre las construcciones los palacios del Soberano, y ocupaba el centro de todas ellas el gran Teocalli y el palacio en que vivía Motecuhzoma. Cuatro grandes calzadas dividían la ciudad en los cuatro vientos cardinales: la que condujo á los españoles á Tenochtitlán guiaba en dirección Sur al fuerte de Xoloc, dividiéndose allí en dos brazos que iban á parar á Iztapalapán y Cuyoacán; otra conducía al Norte hasta el Tepeyac; una tercera en dirección Poniente á la ciudad de Tlacopán, y la cuarta hacia el Poniente. Da una idea bastante justa del conjunto de Tenochtitlán, á vista de pájaro, el plano que ilustra las cartas de Cortés, impresas en Nuremberga el año 1524, lo mismo que el de la «Relación» del conquistador anónimo.